

Fernando Zwanik

Helenidades

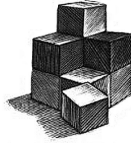


IMAGO
MUNDI

Fernando Zwanik

Helenidades





COLECCIÓN TEORÍA CRÍTICA Y CULTURA

Fernando Zwanik

Helenidades. 1a ed. Buenos Aires: 2014

224 p.; 15x22 cm.

ISBN 978-950-793-186-4

1. Filosofía. I. Título

CDD 190

Fecha de catalogación: 07/10/2014

©2014, Fernando Zwanik

©2014, Ediciones Imago Mundi

Diseño y armado de interior: Alberto Moyano

Imagen de tapa: *Stencil de Pegasus* (acrílico sobre lienzo, 33x30 cm). Germán Darío Zwanik. Artista plástico argentino. Actualmente vive y trabaja en Londres

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 350 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2014 en Gráfica San Martín, Güiraldes 2723, San Martín, provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Dedicado a mi hijo Alexander

ἄνευ ταύτης τῆς διὰ πάντων διεξόδου τε
καὶ πλάνης ἀδύνατον εὐτυχόντα τῷ ἀληθεῖ

Platón. *Parménides*, 136 e.

Índice general

Introducción	XIII
EOS	1
HESPÉRIDES	93
θαῦμα	95
Περὶ φύσεως	125
Filosofía mercenaria	151
La época humana	177

Introducción

Ser hombre y ser humano participan la posibilidad central de la existencia humana. La diferencia que mutuamente los une y los divide instituye el origen de la filosofía o el signo distintivo de ese origen: el descubrimiento y la consideración de esa diferencia determinan el sentido de esta obra. Previsiblemente, las consideraciones aquí diseminadas consolidan y dilatan el margen de aventura del pensar por la vía divina ensayado hace unos años en *Hegemonía y Comunidad*, aunque eso acaso no suceda sin antes enfrentar una crucial bifurcación. Una es luminosa y la otra umbría, mas entera se confía la unidad de la montaña a la cadenciosa alteridad de sus laderas y ese sol que musicalmente las hermana, es uno y siempre el mismo. El sol y la montaña, la vía divina del pensar y la existencia humana, celebran vínculos sanguíneos entre sí.

Víctima de una profunda nostalgia me abandono a la contemplación de una fotografía que nos revela aquel famoso y derruido *Partenón* de Atenas. La residencia divina es ahora el espacio de una mutilación. Como los de Edipo infortunado, los ojos de las esculturas nos miran ausentes desde la infinita lejanía y el infinito misterio de sus cuencas vacías. ¿Cómo podrían los ojos mirar desde unas cuencas vacías? ¿Cómo podría el derruido *Partenón* siquiera recordarnos los escombros de un templo, si los dioses ya no habitan entre ellos? ¿Cómo podría entonces la existencia humana pervivir en todas sus posibilidades esenciales, si la declinación del ser humano en hombre se ha cumplido?

La helénica consideración de la esencia de la existencia humana y su vínculo con la presencia divina todavía constituye una vertiente cristalina, un sendero sembrado de estrellas bajo el argentino resplandor de luna llena, capaz de guiar al solitario navegante en la vía de la aurora y la vía del crepúsculo. La versión griega del origen de la deshumanización de la existencia humana aún tiene que ser sometida a una severa consideración. Para ello habrá de ascender el pensamiento hacia la cúspide del mediodía

y descender desde ella hasta el abismo de la noche. Mas el otro lado de la noche solo pertenecerá a los pocos hombres venideros que, según me dicta mi esperanza, serán más valerosos que nosotros en todos los aspectos.

Fatídicamente he dotado las páginas que siguen de una cierta protuberancia de conceptos que mis nobles lectores (de los cuales aún no tengo noticia y podría legítimamente dudar de su existencia) sabrán sin duda disculpar. A pesar de haber caído algunas veces en la tentación de la exégesis etimológica de ciertas palabras fundamentales de la lengua griega, he procurado evitar en lo posible la forzada ejecución de hazañas hermenéuticas que a menudo insinúan la silueta de un curioso detective del lenguaje. Empero, debo confesar que tales tentaciones me resultaron en muchas ocasiones lamentablemente irresistibles. Incluso deben disculpármese los excesos y las futilidades ante las cuales sucumbió mi joven prosa. Como lo ansía Nietzsche de sí mismo en una de sus cartas, dentro de diez años también yo lo haré mejor. Declararé además, aunque es del todo inútil, que la ventura o desventura de esta obra no debe serme adjudicada: en el mejor de los casos, los hombres deciden contextualmente en el presente, juzgan abstractamente hacia el pasado y conjeturan inventivamente hacia el futuro.

Esta obra, al igual que la primera, no se declara partidaria de la religión o del ateísmo, si es que existe una contraposición semejante. Cierto que el ateísmo aspira a ser en nuestra época una figura peculiar de la sinceridad; sí, pero también lo es de la vulgaridad. En relación con el concepto de «religión», mis advertencias se justificarán en la segunda parte de este libro. El lector civilizado echará de menos la cita de una fuente bibliográfica de carácter complementario; a mi lector verdadero no le importará. Y hará muy bien en ese caso, pues mis *helénicas* versan acerca de aquello que los helenos afirmaron de sí mismos y no de lo que otros afirmaron sobre ellos.

No diré que con el auxilio de estos pensamientos he solucionado definitivamente los problemas (otros ya cometieron ese error); no obstante, sí espero haber conseguido abrir con ellos un inédito frente de meditación. Ya Sócrates el Sátiro enseñó que el auténtico filósofo no es un hombre que determina con su pensamiento la sabiduría de una época, sino ante todo aquel que la descubre en su ignorancia, empezando por la suya propia.

Con la salvedad de mis anónimos lectores, en última instancia escribo la presente obra para mí mismo y para las personas que yo quiero, que son muy pocas y tienden a disminuir, no sé por qué. Pero que nadie se asuste:

incluso a mí me espanta el acento demasiado sincero de estas breves líneas conclusivas. El resto de la obra no es así, para bien o para mal.

Mi deseo final es que el lector se olvide del autor. Los pensamientos supremos de los hombres son muy superiores a esos hombres. Nuestros mejores pensamientos son superiores a nosotros mismos.

Mayo de 2013